A LA MEMORIA DE UN EXPLORADOR COLOMBIANO

Por: JORGE ÁLVAREZ LLERAS
Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 1, Volumen III
1936

Engalanamos hoy nuestras columnas con el retrato del malogrado joven Don Joaquín Pulido Cárdenas, quien murió en mayo de 1923, en plena selva chocoana, cuando verificaba una exploración geográfica importantísima.

Acompañado por tres peones solamente, este intrépido joven se embarcó en Sipí en una canoa muy pequeña y apropiada para la navegación por esos ríos torrentosos e inaccesibles. Bajando por el río Sipí llegó hasta la confluencia de éste con el rio Garrapatas; después subió por el Garrapatas hasta el Ordó, río afluente del Garrapatas por su margen izquierda subiendo. En seguida subió por el Ordó, río absolutamente inexplorado, y tomando tierra en un punto situado a una jornada de la confluencia del Garrapatas y el Ordó, atravesó las cuchillas o contrafuertes que se desprenden de la «Serranía de los Paraguas», parte principal de la Cordillera Occidental. Abriendo trocha por entre la selva virgen, por primera vez hollada en aquellos sitios por la planta del hombre, atravesó los ríos Loro y Barranchico y la quebrada de Yerredó, para caer de nuevo al cañón del río Garrapatas que atravesó por un punto aguas arriba de la confluencia de este río y el Sanquininí, que le es tributario. De esta confluencia, hacia el sur, se desprende la «Cuchilla Atravesada» que parece cerrar el paso al Sanquininí con una inaccesible barrera que, con los altísimos contrafuertes de banda y banda del cañón de este último río, constituye el escenario más agreste, salvaje e inhospitalario de que se tenga noticia.

Pues bien, por estas escarpadas cuestas cubiertas de selva milenaria, trepó el explorador Pulido, ya enfermo, sin recursos, atenido solamente al rumbo de su brújula y abriéndose trocha con sus compañeros, también vencidos por el hambre, la fiebre y el abandono, a través de la fraga espesa.

Pero ya al coronar la parte más alta de la serranía secundaria que separa las aguas del río Cajamarca de las del Sanquininí, antes de llegar al caserío del Naranjal, hubo de sucumbir ante el peso de tanta adversidad.

Como un héroe desconocido terminó así su vida este joven valeroso y abnegado en servicio

de su Patria, prestando con su último esfuerzo un valioso aporte a la Geografía del país, aporte de que quedó constancia en la Carta detallada que la Comisión exploradora de las rutas posibles entre el Chocó y el Valle del Cauca, presentó en oportunidad al Ministerio de Obras Públicas.

Hijo querido de dos colombianos patriotas que no vacilaron en ofrendarlo para servicio de la Patria: Don Tobías Pulido Zambrano y Doña Edelmira Cárdenas de Pulido, nació Joaquín en Bogotá, el 9 de junio de 1894, y murió en la selva chocoana en mayo de 1923. Paz a su tumba desconocida.

En seguida reproducimos, como homenaje a su recuerdo, un breve artículo que publicó «El Tiempo» del 26 de mayo de 1923, y que dijo así:

Episodio de un campamento — Los horrores de la selva.

(En memoria del infortunado explorador Joaquín Pulido)

Cuando Edgardo Poe soñó con calenturienta fantasía el suplicio de aquel atormentado que grabara en su escudo el lema "Nemorae impune laccesit" no había tenido probablemente aún noticia de la selva, "selvagia, aspera e forte", que a lo largo de los Andes se extiende entre los trópicos como cinturón inextensible del mar de Balboa. ¡Oh las selvas dantescas a cuya entrada bien puede escribirse: "¡Dejad toda esperanza, vosotros que aquí entráis!" ¡Cómo os odio con profundo rencor, ahora que habéis tragado la vida del amigo con la cruel lentitud y la húmeda voluptuosidad del pulpo que devora supresa!

Fue en el atardecer de un día negro y lluvioso; después de cien jornadas por entre lodo corrompido, al través de la maraña intrincada, salvando hondos abismos, cuando el héroe desconocido cayó inerte, mientras nosotros preparábamos el campamento, talando la fraga espesa para levantar la tolda que debiera abrigarnos y cortando la leña para la hoguera indispensable en la fría humedad de la selva.

Por entre el ramaje oscuro se veían correr atropellados los negros nubarrones que se deshacían en lluvia torrencial hinchando las quebradas que sonaban a lo lejos con temeroso ruido; de vez en cuando el rayo rasgaba el firmamento y el trueno retumbaba de risco en risco con terrorífico eco, mientras que la noche venía arropando a aquella naturaleza muerta en su manto de misterio.

El pobre proscrito, entretanto, era presa de la fiebre y por sus labios resecos dejaba escapar una respiración fatigosa y silbante, como si aún deseara el agua cenagosa con que hasta allí habíamos templado nuestra sed. ¡Se sentía morir!

Morir i ... Y allá tendido i .... Lejos muy lejos de la tierra benigna que le vio nacer; ¡lejos de su madre, que a tal hora en el hogar implorara al cielo por su hijo ausente! Tendido sobre el lodo amarillento; con la cabeza sobre una almohada improvisada de musgos y de hojas; insensible a las hormigas que recorrían sus miembros devorados por la fiebre, el enfermo deliraba con los ojos perdidos en la inmensidad negra, mientras que sus manos temblorosas agarraban con frenético afán el escapulario que en su hogar le dieron al partir.

Pobre y desdichado joven, que no tenía en esos momentos sino el consuelo escaso que podíamos proporcionarle sus compañeros, rendidos y enfermos como él.

Cuando cayó la última luz del día y cesó la lluvia, continuó el lento rezumar de los árboles, que parecen llorar tanta desolación. El chirrido de las ranas y el sordo graznar de los sapos llenaron el espacio, en tanto que en la distancia se perdían el silbido de la "taya" o de la "cascabel", juntamente con el lento "coacar" de la "verrugosa". ¡Esa era la selva!

Los que no conocen sino arbolados benévolos y campos floridos, donde pasta con lentitud el buey de Carducci, ignoran lo que es la Naturaleza vengativa y terrible. Ellos no saben que hay sitios siniestros donde no sopla suave el céfiro cargado de aromas, donde el crepúsculo no tiñe el horizonte de nácar y oro, donde no vuelan las canoras avecillas, ni donde el hombre se reconcilia con el Creador indulgente y bondadoso. Esos lugares siniestros parecen malditos, como aquel lago de que nos habla la Escritura, y de ellos se aparta la alegría con el horror con que el poeta florentino apartó sus ojos de los arbustos simbólicos donde retorcían mil serpientes sus anillos. La selva tropical del Pacífico, donde llueve continuamente, donde la hojarasca se pudre como en el fondo de una cloaca, donde el musgo untuoso y húmedo cubre los troncos y cuelga de las ramas e invade la vegetación toda como ocurre a la epidermis con el cáncer, es el propio trasunto del infierno de la Divina Comedia, que aún alienta al través de las generaciones como símbolo del horror y producto del espanto.

Y en medio de esa selva cuidábamos a un moribundo Lo veíamos desfallecer mientras su rostro se cubría de mortal palidez, se empañaban sus ojos y a través de sus labios cárdenos la respiración era más anhelante y ronca. ¡Quien sepa las oraciones de los agonizantes que entone las últimas plegarias para este ser vencido! dijimos, dándonos cuenta de que la Muerte, digna habitante de la Selva obscura, hada sonar su guadaña con las estridencias de los búhos que pueblan el boscaje!

¡Entonces fue este un momento solemne, cuando resonó el nombre de Dios entre el confuso rumor del trueno lejano y de las aguas murmurantes!

Al amanecer, el enfermo había muerto; su cuerpo, cubierto con un sudario empapado por la lluvia y manchado de lodo, yacía inerte, descansando para siempre, mientras que nosotros meditábamos en las injusticias de la suerte y en las inconstancias de la Fortuna.

Allá quedó enterrado, bajo un cámbulo solitario, único gigante florido de la selva, en espera del día de resurrección y de luz.

Por eso odio la selva.

Revisado por: FEPP